

dente y consejero de la Reina de Navarra. Esta señora, que interiormente pertenecía por razón de fe á la Reforma y que exteriormente pertenecía por razón de Estado á la Iglesia, demandó con grandes instancias para Roussel un obispado á Roma. En medio de los plácemes que le agasajan y de las adulaciones que pretenden granjearse sus favores, deslízase la sombra de Calvino reconviniéndole por medio de cartas elocuentes é instándole para que vuelva desengañado de todas esas falsías al inmenso y pródigo seno de la idea. En estas epístolas recuerda en algo el escritor francés la ironía tan acerba como elocuente de Lutero, quien sabía encerrar un dardo en cada palabra. ¡Cómo se burla, con qué sarcasmo, de los mimos de la fortuna y de los esplendores del principado eclesiástico! La mitra cuasi persa, el anillo deslumbrante, los ricos pectorales de amatistas, la seda crujiente, los palacios inmensos, los familiares innumerables, las misas espléndidas, sírvanle para comparar todo ese fausto externo y material con aquel grande y único sacrificio simbolizado por los brazos de una cruz de palo que tiñe la sangre é ilumina el relámpago sobre las alturas del árido Calvario.

Imposible que tamaña libertad de pensamiento y de palabra pudiera subsistir en el centro de Italia y en Estado dependiente de la autoridad del Papa. Bien pronto los esbirros de los tribunales romanos delataron al Duque las conferencias encabezadas por la autoridad de su mujer y sostenidas por la palabra de Calvino. Una horrible amenaza de destierro cerníase con próxima inminencia sobre la frente de Hércules II, muy apegado á su trono y muy servil con Roma. Para huir á tales peligros no encontró el Duque otro medio sino sacrificar á los amigos y partidarios de su esposa. Casada esta, como todas las princesas de su tiempo, por complicadas razones de Estado y no por puros sentimientos del ánimo, compensaba tristeza tan profunda é irreparable con el comercio espiritual de aquellas gentes, cuyos versos, cuyos libros, cuyas conversaciones, le traían en sus palabras el alma de Francia y el recuerdo de la felicidad que dejan siempre en la vida los años primeros del candor y de la inocencia. En aquel senado ilustre de personajes de primer orden, fortalecíase la voluntad enérgica de la Duquesa é iluminábase su clara inteligencia para porfiar por la nueva idea circuida tristemente de abismos insondables. Arrancarle tal compañía era como arrancarle sin piedad la cítara

que tañían sus manos, el libro que repasaban sus ojos, las amistades mas caras al corazón, los esparcimientos mas encantadores del alma, la llama que vivificaba su inteligencia, la sangre que latía en su corazón, el cielo de sus ideas y el mundo de sus sentimientos. Pero Hércules sabía que los esbirros le delataban á Roma, que la curia romana y el imperio católico se apercebían á perseguirle; y tomó la resolución de intimar á su esposa el inmediato alejamiento de su corte, si no quería que fuesen todos blanco de procesos y pasto de hogueras. La Duquesa no tuvo mas remedio que separarse con dolor de los amigos mas queridos de su corazón, cuyo trato en Ferrara era como el hechizo singular y el contento de su existencia.

Por necesidad había de ser el mas importante, también el mas amenazado, Calvino. Su origen, mal disimulado con el cambio de nombre, trascendió hasta la curia misma de Roma que pedía con repetidas é imperiosas exigencias aquella selecta víctima cuyo nombre constaba ya en los registros siniestros de los tribunales secretos. Advertido el joven reformador de todo cuanto le amenazaba, dióse al apercebimiento y preparación de la irremediable fuga en compañía de su correligionario Tillet.

Pero ¿cómo libertarse de la red tendida por los esbirros pontificios en Estado tan pontifical y romano como el diminuto de Ferrara? Advertidos y ya preparados los dos estudiantes franceses, marró su diligencia. Todavía no levantaban mano de los escasos y pobres objetos que debían componer el equipaje de su fuga, cuando les prendieron los esbirros y los trasladaron á Bolonia. Esta horrible traslación equivalía en el fondo á una sentencia capital é inapelable. La ilustración de Ferrara, la tolerancia de su corte, la muchedumbre de sus maestros, la presencia de su gentil Duquesa impedían las teocráticas crueldades; mientras que la dura y sometida Bolonia guardaba espacio propio á las voraces hogueras y á los horribles sacrificios. Allí, en aquella ciudad, el indignado clero mandaba sobre todos los ciudadanos á su albedrío y atizaba los braseros inquisitoriales á su gusto. Por consiguiente, cuando Calvino y Tillet iban rodeados por familiares y esbirros de la santa curia papal por la dolorosa vía conducente de Ferrara la ducal á Bolonia la teocrática, debían ver en las lontananzas del horizonte y en los recodos del camino, los horrores del suplicio aparejados para darles cruentísimos tormen-



tos y consumir en fuego infernal su sangre y su vida. Entregados iban á tan siniestros pensamientos que les habian persuadido ya de su irremisible suerte, cuando aparece inesperado golpe de gente militar en armas y liberta con imperioso esfuerzo á los desesperados cautivos. Indudablemente la piedad y la compasion de la Duquesa fueron parte á esta obra de misericordia que devolvió á la revolucion su organizador y su tribuno.

No fué, no, el rapto de Calvino como fuera el rapto de Lutero. Este, sorprendido por gente amiga que le arrancaba con devocion á las garras del águila imperial, hallóse á su albedrío en los picos de las montañas germánicas y en los salones de los castillos feudales como un Dios en su templo, rodeado solícitamente de verdadero culto que amenizaba su soledad y le movia al trabajo. Calvino se halló en el centro de Italia, sin familia y sin hogar, destituido de todo lo necesario á la vida, abandonado del concurso y cooperacion de sus amigos como un ave del aire ó como un bruto del campo. La constancia sustituía sin embargo en él, con ventajas, á la vehemencia y al arrojo. No le quedaba, pues, mas remedio, que apelar á su virtud suprema poniendo en Dios toda su esperanza. Viajero instinto, muy despierto en los hombres de aquel tiempo, dados á confiar mucho en sus peregrinaciones al acaso, llevóle á Módena; de Módena llevóle á Carillano; de Carillano á Saluces, de donde retrocedió para buscar el San Bernardo y trasladarse á Suiza después de haber permanecido en la ciudad de Aosta. No estaba el reformador francés dotado de la prestancia en su figura y del ardor en su palabra que atraen á las muchedumbres enloquecidas con frecuencia por los discursos arrebatados de los oradores vehementes. Organizador y reflexivo, engendróle en aquel momento la sociedad de su tiempo á fin de que sirviera con sus aptitudes personales al histórico período que podemos llamar de madurez revolucionaria. Su paso por los pueblos italianos ¡ah! no podia dejar la huella que dejara naturalmente, de ser otro su ingenio y otra su palabra.

Llegó Calvino á Suiza y en Suiza escogió para reponer sus fuerzas y procurarse algun reposo, la ciudad de Basilea, donde hallaba con facilidad aquellos amigos del alma que componian con él una familia espiritual absorta en la contemplacion de las ideas y ocupada en el apostolado que las enseña y que las difunde. Tras algun tiempo de residencia en Basilea, trasladóse á

Estrasburgo, donde tambien topó con pródidas amistades que le acorrieron en sus apuros y le auxiliaron en sus trabajos. Asuntos de su casa y familia el decidieron á trasladarse á Francia y á visitar la casa solariega de sus padres. Tal peregrinacion, arriesgada en aquellos dias de lucha, y á pesar de los riesgos cumplida en paz, prueba cómo su carácter reservado, su complexion tímida y su palabra oscura, preservaban al revolucionario de una notoriedad que le hubiera resultado mortal y le hubiera impedido la libertad que tenia en sus continuos viajes. Al llegar al nido de sus recuerdos de la infancia, encontróse con que acababa de volar al cielo su hermano, uno de sus primeros y mas profundos afectos. A pesar de nacido en el Catolicismo y ordenado en la Iglesia, sintió y profesó la doctrina llamada por los revolucionarios buena nueva, cual se llamara en otro tiempo la doctrina de Cristo. Así rechazó todos los sacramentos eclesiásticos por creerlos sortilégicos y no recibió mas absolucion que la absolucion de su conciencia fortalecida é iluminada por la evangélica fe: valor de moribundo que castigára la clerecía enterrándole como un perro entre los cuatro pilares de una horca. Al saber esto con amargura, conjuró Calvino á la familia superviviente, á sus dos hermanos, Antonio y María, para que abandonaran una poblacion donde no podian aspirar ni aun á tener respetada y decente sepultura. Siguiéronle estos, y como las ardorosas guerras entre Francia y Alemania interceptaran por aquellos dias los caminos de Lorena, empeñóse la casualidad en guiarlo y conducirlo por Lyon y por Ginebra, como para fijar sus destinos históricos y cumplir su providencial ministerio.

Era calurosa tarde. Corria julio del año 36 en el siglo décimosexto y un coche francés pasaba sobre los puentes del azul Ródano é ingresaba en los muros de la episcopal ciudad conocida con el nombre de Ginebra. Ocupaban los principales asientos del coche tres hermanos, de los cuales, el mas débil y enteco mostraba por sus indagaciones impacientes el deseo de no pararse en aquel recinto mas allá de una sola noche. Al verlo, de veintiocho años apenas, inquieto en sus ademanes, receloso en sus preguntas, nerviosísimo de complexion, débil de fuerzas, tímido de carácter, nadie adivinara, ni siquiera en la expresion reconcentrada y reflexiva de sus profundos ojos, el ánimo indomable y la inteligencia elevadísima que habian de dar la primacía



del espíritu á la ciudad donde penetraba tan amedrentado como desconocido, llevándola en alas de las ideas, desde Suiza á Holanda, desde Holanda á Escocia, desde Escocia á América, como fundadora del Cristianismo mas apropiado á la democracia y á la República.

Tillet, que se quedara en Estrasburgo al partirse Calvino para Noyon, salióle al encuentro en Ginebra seguido de varios apóstoles y discípulos de la nueva idea. Ya en el día de la llegada del reformador, Ginebra estaba libre de la Roma pontificia y adscrita por completo al símbolo de Augsburgo. Por consiguiente la época de combate habia pasado y comenzaba la época de organizacion. Contribuyó principalmente á este cambio radicalísimo un hombre de accion, Farel, muy apto para contender en los combates y muy poco apto para organizar en las victorias. Este hombre de accion, realizada ya la parte principal de su destino, habia menester á su lado un hombre de pensamiento. Conocedor profundísimo de sus propias fuerzas, desinteresado hasta el sacrificio y el martirio, teniendo la noble abnegacion excepcional en otros como una virtud diaria de su elevadísimo temperamento, Farel pedia, tras sus luchas continuas, en las horas dadas á las oraciones piadosas, un organizador capaz de recoger la cosecha de su siembra. Exaltado, veheméntísimo, este hombre de bien, parecíase á los profetas que aplicaban el oido al suelo para recoger los primeros pasos del Mesías que habia de venir. En su fe inocente y pura, esperábalo de las nubes del cielo, quizás acompañado como los patriarcas de la Biblia por los ángeles del Señor. La necesidad que sentia de tal complemento á su obra titánica le inspiraba esa confianza parecida de todo en todo á sobrenatural revelacion. Muchas veces, en las exaltaciones de su pecho entusiasta, en los presentimientos de su corazon profético, en los espasmos de sus efusiones místicas, habia visto acercarse á Ginebra el varon predestinado y mesiánico de quien él se creia humilde precursor. Imaginaos cuál seria su contento cuando Tillet le anunció que acababa Calvino de arribar.

El reformador sentíase aquejado vivamente de impaciencia, en su celo y en el desasosiego natural á este celo, por volver á Estrasburgo y Basilea, ciudades literarias y libres donde hallara dos años antes así el pan de la inteligencia como el reposo de la vida. Estrasburgo, el pueblo de la im-

prenta, seguro asilo de los reformadores huidos á las persecuciones de Francia y á los combates de Alemania, ofrecia en sus escuelas y en sus Academias ese cambio continuo entre las ideas y esa comunicacion estrecha entre las almas en cuyas relaciones los entendimientos varios, segun su intensidad, se ilustran y brillantan. Calvino pasó dias felices en las conferencias de sus numerosas cátedras, en las disputas de sus sábias academias, á la sombra de los imperiales monumentos, bajo las bóvedas de su soberbia catedral cuya torre enseñorea las uniformes llanuras de Alsacia y acecha las plácidas orillas del Rhin, espectáculos y ejercicios idóneos para despertar las ideas y fortalecer los temperamentos en aquel siglo de lucha. Pasando luego, desde la imperial ciudad de Estrasburgo á la republicana ciudad de Basilea, detúvose Calvino en su ruta para ver al gran precursor de la Reforma y departir con él, para visitar á Erasmo. Distinto destino y contradictorio estado el mutuo estado y destino de estos dos hombres tan grandes. El uno apareció en el tiempo de la iniciacion revolucionaria y el otro apareció en el tiempo de la organizacion. Viejo el uno, ya no vivia sino por los recuerdos; jóven el otro, vivia todo entero para la esperanza. Erasmo como todos los profetas desconocia el valor intrínseco de la obra sublime que preparara; mientras Calvino, como todos los organizadores de verdadera importancia, sabia á ciencia cierta el precio incalculable de la obra que iba con sus esfuerzos á concluir y perfeccionar. Literato ante todo Erasmo, apreciaba las cualidades superiores del estilo y los productos brillantes del ingenio; mientras religioso ante todo y sobre todo, Calvino solo apreciaba la fe y la virtud. En aquel cuarto de hora se inclinaba el viejo y taimado sabio á una conciliacion estrecha con Roma, mientras el jóven y fervoroso eclesiástico se apercibia fuertemente al último asedio de la Ciudad Eterna. Al encontrarse frente á frente aquellas dos almas dispares, la mas jóven é inexperta importunó á la mas madura y experimentada con preguntas innumerables. El brillo de la gloria del uno ¡ah! no deslumbró al otro en su oscura modestia, la cual no pudo ocultar tanto á Calvino que no viera ya Erasmo en su frente altiva y espaciosa hervir el volcan peligrosísimo de sus encendidas ideas. Desde Friburgo, en Alemania, que á la sazón habitaba Erasmo, trasladóse Calvino á Basilea, donde se dió á traducir las Santas Escrituras con tanto celo como